

Animal, planta, ni piedra
Que no tenga calidad
Determinada. Y si llega
A examinar mil venenos
La humana malicia nuestra,
Que den la muerte, ¿qué mucho
Que, templada su violencia,
Pues hay venenos que maten,
Haya venenos que aduerman?
Dejando aparte el dudar,
Si es posible que suceda,
Pues que ya queda probado
Con razones y evidencias...
—Con la bebida, en efecto,
Que el ópio, la adormidera
Y el beleño compusieron,
Bajé á la cárcel estrecha
De Segismundo; con él
Hablé un rato de las letras
Humanas, que le ha enseñado
La muda naturaleza,
De los montes y los cielos,
En cuya divina escuela
La retórica aprendió
De las aves y las fieras.
Para levantarle más
El espíritu y la empresa
Que solícitas, tomé
Por asunto la presteza
De un águila caudalosa,
Que, despreciando la esfera
Del viento, pasaba á ser
En las regiones supremas
Del fuego, rayo de pluma
O desasido cometa.
Encarecí el vuelo altivo,
Diciendo: «Al fin eres reina
De las aves; así á todas
Es justo que las prefieras.»
Él no hubo menester más;
Que, en tocando esta materia
De la majestad, discurre
Con ambicion y soberbia;

Porque, en efecto, la sangre
Le incita, mueve y alienta
A cosas grandes, y dijo:
—«¡Que en la república inquieta
De las aves, también haya
Quien les jure la obediencia!
En llegando á este discurso,
Mis desdichas me consuelan,
Pues, por lo ménos, si estoy
Sujeto, lo estoy por fuerza;
Porque voluntariamente
A otro hombre no me rindiera.»
Viéndole ya enfurecido
Con esto, que ha sido el tema
De su dolor, le brindé
Con la pócima, y apenas
Pasó desde el vaso al pecho
El licor, cuando las fuerzas
Rindió al sueño, discurriendo
Por los miembros y las venas
Un sudor frío, de modo
Que, á no saber yo que era
Muerte fingida, dudára
De su vida. En esto llegan
Las gentes de que tú fias
El valor de esta experiencia;
Y, poniéndole en un coche,
Hasta tu cuarto le llevan,
Donde prevenida estaba
La majestad y grandeza
Que es digna de su persona.
Allí en tu cama le acuestan,
Donde, al tiempo que el letargo
Haya perdido la fuerza,
Como á tí mismo, señor,
Le sirvan, que así lo ordenas.
Y si haberte obedecido
Te obliga á que yo merezca
Galardon, sólo te pido
(Perdona mi inadvertencia)
Que me digas ¿qué es tu intento
Trayendo desta manera
A Segismundo á palacio?

BASILIO.

Clotaldo, muy justa es esa
Duda que tienes, y quiero
Sólo á tí satisfacerla.
A Segismundo, mi hijo,
El influjo de su estrella
(Bien lo sabes) amenaza
Mil desdichas y tragedias:
Quiero examinar si el cielo,
Que no es posible que mienta,
Y más habiéndonos dado
De su rigor tantas muestras,
En su cruel condicion,
O se mitiga ó se temple
Por lo ménos; y, vencido,
Con valor y con prudencia
Se desdice; porque el hombre
Predomina en las estrellas.
Esto quiero examinar
Trayéndole donde sepa
Que es mi hijo, y donde haga
De su talento la prueba.
Si magnánimo la vence,
Reinará; pero, si muestra
El ser cruel y tirano,
Le volveré á su cadena.
Ahora preguntarás
Que, para aquesta apariencia,
¿Qué importa haberle traído
Dormido desta manera?
Y quiero satisfacerte,
Dándote á todo respuesta.
Si él supiera que es mi hijo
Hoy, y mañana se viera
Segunda vez reducido
A su prision y miseria,
Cierto es de su condicion
Que desesperara en ella;
Porque, sabiendo quién es,
¿Qué consuelo habrá que tenga?
Y así he querido dejar
Abierta al daño la puerta
Del decir que fué soñado

Cuanto vió. Con esto llegan
 A examinarse dos cosas:
 Su condicion, la primera;
 Pues él despierto procede
 En cuanto imagina y piensa:
 Y el consuelo la segunda;
 Pues, aunque ahora se vea
 Obedecido, y despues
 A sus prisiones se vuelva,
 Podrá entender que soñó,
 Y hará bien cuando lo entienda;
 Porque en el mundo, Clotaldo,
 Todos los que viven sueñan.

CLOTALDO.

Razones no me faltáran
 Para probar que no aciertas;
 Mas ya no tiene remedio;
 Y, segun dicen las señas,
 Parece que ha despertado,
 Y hácia nosotros se acerca.

BASILIO.

Yo me quiero retirar:
 Tú, como ayo suyo, llega,
 Y de tantas confusiones
 Como su discurso cercan,
 Le saca con la verdad.

CLOTALDO

¿En fin, que me das licencia
 Para que lo diga?

BASILIO.

Sí;
 Que podrá ser, con saberla,
 Que conocido el peligro,
 Más fácilmente se venza.

(Vase.)

ESCENA II

CLARIN. CLOTALDO.

CLARIN. *(Ap.)*

A costa de cuatro palos,
 Que el llegar aquí me cuesta,

De un alabardero rubio
 Que barbó de su librea,
 Tengo de ver cuanto pasa;
 Que no hay ventana más cierta
 Que aquella que, sin rogar
 A un ministro de boletas,
 Un hombre se trae consigo;
 Pues para todas las fiestas,
 Despojado y despejado,
 Se asoma á su desvergiienza.

CLOTALDO.

(*Ap.* Éste es Clarin, el criado
 De aquella (¡ay cielos!), de aquella
 Que, tratante de desdichas,
 Pasó á Polonia mi afrenta.)
 Clarin, ¿qué hay de nuevo?

CLARIN.

Hay,
 Señor, que tu gran clemencia,
 Dispuesta á vengar agravios
 De Rosaura, la aconseja
 Que tome su propio traje.

CLOTALDO.

Y es bien, porque no parezca
 Liviandad.

CLARIN.

Hay que, mudando
 Su nombre, y tomando, cuerda,
 Nombre de sobrina tuya,
 Hoy tanto honor se acrecienta,
 Que dama en palacio ya
 De la singular Estrella
 Vive.

CLOTALDO.

Es bien que de una vez
 Tome su honor por mi cuenta.

CLARIN.

Hay que ella está esperando
 Que ocasion y tiempo venga



FERRANT.

Lit. de V. González. Sitra 18. Madrid.

